Vió Ithamar, asomado a la muralla,
Del sitiador la hueste numerosa
Que desfilaba y que formó en batalla.

Quiso seguirla viendo, y presurosa
Llegó la noche a descoger su manto
Con él velando la campiña hermosa.

En lo interior de la ciudad, en tanto,
La casa del monarca se ilumina
Y el viento puebla melodioso canto.

Sediento de placeres se encamina
El cortesano allá, dañado el pecho,
Humilde el rostro que ante el Rey inclina.

Con sentimiento amargo de despecho
Mira Ithamar, su afecto recordando,
El venturoso porvenir deshecho.

¡El Rey es su rival! Luego, pensando
En su estado anterior, vino a su mente
De sus hermanos el cariño blando;

Del clima de su patria el sol ardiente;
El conocido techo a cuyo abrigo
Su tranquila niñez pasó inocente.

Y ahora en el país del enemigo
Eterno de sus padres, arrastraba
Remordimiento sórdido consigo;

Pues cuando a la ciudad triste llegaba,
Con Epha se encontró, y, al conocerla,
Su alma de su belleza quedó esclava.

Desde el instante aquel llegó a quererla
Cual ama el ave la región del cielo
O su albergue de nácar blanca perla.

Dió por ella al olvido el patrio suelo,
Dios, familia y amigos, sin más norte
Que ver premiado su amoroso anhelo.

Siendo extranjero en la opulenta corte,
De conquistar un nombre militando
En la hueste del Rey, toca el resorte.

Y fué su nombre ilustre resonando
Luego de boca en boca, y Epha bella,
Premio a su afán con su cariño dando,
Le hizo feliz. ¿Se quedará sin ella?

¡Quién sabe si aquel Dios que los tesoros
Abrió del porvenir a sus profetas
A fin de que anunciaran el castigo
De la ciudad gentil, tocó en el alma
Del joven de Israél cuerda sensible!
Si trayendo a su mente la memoria
De los serenos días de la infancia,
Del cielo de la patria, del afecto

Doméstico, mandó que comparase
Con esa paz su agitación presente;
Que de su proceder se avergonzase
Y que irritado su semblante viera
Porque a dioses del hombre vil hechura
Culto ha rendido, quebrantando impío
Del alto Sinaí la ley severa!

¡Quién sabe! Que Ithamar, consigo a solas,
Aquella noche, en lo interior del alma
Oír creyó la voz de su conciencia
Que le dijo: «abandona esos amores;
Torna presto a la tierra de tus padres;
Desagravia a tu Dios.» Ithamar dice:
Si Epha abriera sus ojos hoy velados
Al rayo hermoso de la luz del cielo,
Y el culto de mis padres abrazara
Conmigo hacia Israél la llevaría,
Y del hogar que me albergó de niño
Fuera el ornato y fuera mi alegría.
Mas si Epha a seguirme no se atreve,
Y a despreciar mi amor está dispuesta,
Mañana salvaré yo solo el muro
De Babilonia, sí.—¿Lo jurarías?
Se preguntó a sí mismo, y en voz alta
Se respondió sin vacilar «Lo juro.»

III.

Todo es placer en el recinto bello
Del palacio del Rey. En los salones
Lámparas cien derraman su destello
Suspensas de los ricos artesones.

En jarrillas de oro prisionero,
Languidece allí el nardo y se consume;
Por doquiera en preciado pebetero
Arde y se exhala el oriental perfume.

Cubre mullida alfombra el pavimento,
Y al grato son de melodiosa orquesta,
Sus danzas a tejer, con ardimiento
La descuidada juventud se apresta.

Allí va la impudente concubina;
Allí quien brilla en la guerrera lucha;
Allí la joven que su faz inclina
Mientras de amor la confesión escucha.

La que en todos los pechos seductora
Pone de amar vivísimo deseo,
Es esa joven que se acerca. Aurora
En su lenguaje la llamó el caldeo.

De niña sumergió sus trenzas blondas
En la corriente del Eufrates frío,
Y su cabello en apacibles ondas
Acrecentóla enamorado el río.

Prestó el cisne la forma a su garganta,
A sus labios su púrpura la rosa:
Céfiro ligereza dió á su planta,
Y fuego el sol a su mirada hermosa.

Amó a Ithamar al conocerle un día,
Y traicionó su oculto sentimiento
El rubor que su faz teñir solía,
Leve suspiro y su turbado acento.

Aurora de Ithamar anheló en vano
Tierna mirada emblema de esperanza,
Dulce presión de la robusta mano
Que la condujo en la festiva danza.

Hielo encontró donde anhelaba fuego;
Sus rojos labios el silencio sella,
A Epha miró con Ithamar, y luego....
¡Oh! ya no más me preguntéis por ella.—

Epha allí está: de transparente velo
Cubierto lleva el rostro peregrino;
Resalta el manto de color de cielo
Sobre su veste de nevado lino.

Del salón a un extremo retirada,
Allí con nadie habló, triste paloma;
Mas nunca en el jardín queda olvidada
Humilde flor si la vendió su aroma.

Viéronla allí tal vez los cortesanos;
Labio indiscreto pronunció su nombre;
Es —dicen— la de encantos soberanos,
La virgen cuya faz subyuga al hombre.

También Aurora la miró, y, ardiendo
En hoguera de celos la infelice,
Del Rey el nuevo amor ya conociendo,
A Baltasar se aproximó y le dice:

—Epha allí está, Señor.—Yo la esperaba,
Contestó, al parecer, indiferente,
Y con fuego satánico brillaba
Buscando a Epha, su mirada ardiente.

Id y traedla de mi trono al lado:
No puede ser que entre confusa turba
Tenga su encanto celestial velado
Esa mujer que mi razón perturba.

Gozosa Aurora va, sin dar oído
Al murmullo que hermosa la proclama,
Y a su rival con odio reprimido
Trémula dice— Baltasar os llama.

Epha, su voz acobardada oyendo,
Mirada inquieta en derredor tendía,
Y a su bella enemiga fué siguiendo,
Que el guerrero Ithamar no parecía.

Al fin llega Ithamar cuando giraba
En el festín la cincelada copa
Que dulcísimo néctar ofrecía
A los sedientos labios. Deseoso
De hacer alarde el Rey de su riqueza
Y mostrar los trofeos de su gloria,
Manda que traigan los sagrados vasos
Que un tiempo al culto del Señor sirvieron
Allá en Salem, y de espumoso vino
Llenos en el instante todos fueron.
Insensata la turba en ellos liba,
Y el monarca también, que los ofrece,
A su vez, a Ithamar: éste, indignado,
Le rechazó con denodado brío,
Diciéndole: «Ese Dios de quien te burlas,
Es el Dios de mis padres: es el mío.»

Absorto Baltasar al joven mira....
Callan los concurrentes.... Del monarca
Iba a estallar la procelosa ira,
Cuando aparece en la pared, terrible
Y misteriosa mano; traza en ella
Signos desconocidos y al momento
Como el humo sutil se desvanece:

El monarca y los súbditos se miran:
Crece el silencio, y el espanto crece.

Nadie hubo allí que descifrar pudiera
De los siniestros signos el sentido:
Se acercan los varones que atesoran
La copia rica del saber humano
Y luego la confusa faz inclinan
Sobre el pecho, de todos en presencia.
Llega también Nitocris, madre augusta
Del Rey, y dice que a Daniel se llame,
Sabio varón que el porvenir conoce
Y ha explicado sus sueños a ella misma:
Parten a conducirle y, entretanto,
La concurrencia en su temor se abisma.

Conduce a Epha al pórtico y a solas
El Israelista: sofocante el aire
No lleva allí el perfume de las flores
De los pensiles bellos: ningún astro
Disminuye las sombras de la noche
Que a su mitad se acerca. Si el bullicio
Báquico del salón cede al silencio,
Rugir no se oye el caudaloso Eufrates.

—Es la postrera vez que nos miramos,
Dijo Ithamar: un delicioso sueño

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

De mi alma alucinada se hizo dueño
Y hasta ahora consigo despertar:
Preciso es que yo parta, y en la tierra
Que muertos cubre a los abuelos míos
Llore mis criminales extravíos,
Náufrago, al pie de conocido altar.

Que yo te amé, y en tu regazo blando
Ni escuchaba la voz de la conciencia:
Fueron tus ojos luz de mi existencia
Y a mis oídos música tu voz.
¡Ay! por vivir contigo eternamente
Mi desdichada patria di al olvido;
Tus dioses adoré; traidor he sido
A mi conciencia, a mi nación, a Dios!

No me repliques, no, que tus palabras
Dardo serán que me traspase el pecho:
De nuestro amor el nudo está deshecho:
No me detengas, déjame partir.
Lágrimas no así viertas, ni me tiendas
Para estrecharme tus amantes brazos:
Muero si parto; mas ningunos lazos
Fuertes serán á sujetarme aquí.

¡Oh! si abjurando ciega idolatría
Tus bellos ojos a la luz abrieras,
Conmigo a mi país prófuga fueras
A formar las delicias de mi hogar.
¡Dulce quimera! Baltasar te ama;

Pagará con un reino tu hermosura:
Yo me alejo transido de amargura:
Olvídate de mí. ¡No puedo más!

—¡Dioses! ¿qué me sucede en esta noche
Que con fuego sutil arde mi frente;
Que me sofoca el abrasado ambiente
Y del pecho se sale el corazón?
No me es dado pensar; no tengo ideas.....
¿En tu lenguaje idólatra me llamas?
¿Dices que partirás? ¿Que no me amas?
¿Eso dijiste, o me engañaba yo?

¿Cuál es tu religión que así condena
El fugace placer de los sentidos;
Que torna a los amantes fementidos,
Que odiar te manda a una infeliz mujer?
¿Por qué amargar los pasajeros días
Que de existencia el cielo nos ha dado
Si al fin el cuerpo en el sepulcro helado
Pasto de los gusanos ha de ser?

—Mi religión, repuso el Israelista,
Hace al mortal de sus pasiones dueño;
Le dice que la vida es breve sueño,
Y le aguarda tras él vida mejor.
¿Qué harás cuando el pesar te oprima el alma?
Yo si padezco, otra existencia aguardo;
Tú, al ver que a los demás no alcanza el dardo
Que te hiere, maldices a tu dios.

Mañana partiré. Nunca tu imagen
Se alejará del corazón herido:
Siempre tu acento sonará en mi oído;
En sueños solitario te hablaré.
Apartémonos ya, porque a mis ojos
Quiere asomar el reprimido llanto,
¡Epha gentil! Me subyugó tu encanto
Y el hechizo rompí. ¡Triunfó el deber!

—Oye, si no es tu Dios vano pretexto
Para dejarme, llévame contigo:
Tu mismo hogar me servirá de abrigo
Y el Dios que adoras tú será mi Dios.
Abandono mi patria, mi familia.....
—¡Ventura celestial que no soñaba!
¿Irás conmigo?—Cual sumisa esclava
Iré contigo, porque tuya soy.

Daniel, en tanto, en el salón fastoso
A Baltasar estas palabras dice:
Nabucodonosor tu padre, un día
Recibió de mi Dios poder y gloria:
Mil pueblos sometidos le acataban;
Mas dió en su pecho entrada á la soberbia;
Dios le lanzó del trono, y con los brutos
Muchos años vivió, sin más sustento
Que la yerba del campo; en él sufría

La lluvia, el sol, hasta que, al fin, recuerda
De Jehová la Omnipotencia, y palpa
La vanidad del hombre..... Tú lo sabes
Y también contra Dios te ensoberbeces
Y tus inmundos ídolos adoras,
Y a los sagrados vasos que han servido
Al verdadero culto, tus rameras
Los sacrílegos labios aplicaron,
Rey, a tu ejemplo! Del Señor la ira
Rebosa: en la pared su mano traza
Caracteres que ciego desconoces:
Su contenido, atento escucha ahora:
«Contó el Señor los días de tu imperio,
Y término les puso. En su balanza
Fuistes hallado falto. El reino tuyo
Repartióse a los medas y a los persas.»

Por mandato del Rey a Daniel visten
De púrpura riquísima; a su cuello
Ciñen oro de Ofir, premio a su ciencia:
Párte, y al Rey erízase el cabello
Al recordar la celestial sentencia.

Mas remoto creyó su cumplimiento,
Y hasta olvidarla en el placer ansía:
Vuelve a animar a todos el contento,
Danzas vistosas tejen todavía.
Turba el licor, al cabo, los sentidos.
Junto al trono, con ojos adormidos,
Y acallando los gritos que levanta

Ebria la multitud, con voz sonora
La reina del festín, la bella Aurora,
Al compás del laúd, aquesto canta:

«Cortemos las flores que al paso encontremos:
Jamás codiciemos las que han de nacer:
¿La muerte sospechan que vil nos aguarda?
Mientras que gozamos, su golpe retarda;
¡Bebamos! ¿Qué importa que venga después?

«¡Oh Rey poderoso! Tu amor no es pagado;
Te deja burlado austera beldad.
¿Por qué no arrebatas el bien que te esconde?
Sin premio tú solo suspiras en donde
Premiado ven todos su dulce anhelar.»

Tiró el pudor la máscara: al instante
Ósculo impuro por doquier resuena:
Acaricia la joven al amante;
Truécase el baile en bacanal obscena.
A Epha Baltasar en brazos toma
Cual apresa el halcón débil paloma,
Pintado el gozo en su semblante fiero:
De cólera Ithamar lanza un rugido,
Y al pecho del monarca dirigido
Súbito brilla su afilado acero.
Mas no le hirió, que en el instante mismo
Álzase afuera un alarido horrendo
Cual salido del fondo del abismo,
Y el aire puebla desacorde estruendo.

Inúndase el salón de gente extraña,
Que a cuantos allí ve hiere con saña:
Retrátase en los rostros el espanto:
El Rey sucumbe por el persa herido,
Y las mujeres que su encanto han sido,
Piedad imploran con inútil llanto.

La noche estaba oscura; las calles ocupadas
Con hórrido combate. Confusa vocería
A poco alzó la turba que derrotada huía
Ante la hueste persa que en la ciudad entró.

Corre Ithamar, á Epha llevando alborozado,
Y cuando llega al muro que alzábase sombrío,
Ve con asombro inmenso que el caudaloso río,
Siguiendo nuevo curso, su lecho abandonó.

Cuando despunta el alba, desde escarpada cumbre
Mirando á Babilonia que al lejos aparece,
La vista lleva al cielo, y su contento crece
Y exclama: «Al fin vengada te ví, Jerusalem!»

Va a proseguir su marcha; mas Epha, al escucharle,
Se aflige, y de su pecho sale gemido blando:
El su apacible frente solícito besando,
La dice: «¿Por qué lloras? Tu patria es Israél.»

1848.